
MADAMA ISABEL.

FELIPA-MARÍA-ELENA-ISABEL DE FRANCIA, de quien tantas veces se habla en el *Cementerio de la Magdalena*, era la hermana menor de Luis XVI, y nació en Versalles el día 5 de mayo del año de 1764.

Se encargó su educacion á la condesa de Marsan, aya de los infantes de Francia, la cual llenó perfectamente el lugar de la tierna madre, que desde muy

niña había perdido. Esta y su maestro, el respetable abate Montegut, tuvieron que batallar con un genio violento y áspero; pero fué tal su habilidad para corregirlo, que lograron albergar la mansedumbre y la dulzura en un corazón, desabrido y duro por naturaleza. Contribuyeron no poco á este cambio maravilloso los ejemplos vivos que le pusieron á la vista, en particular el de su hermana la princesa Clotilde, que fué despues reina de Cerdeña. Su ánimo fortalecido por todas las virtudes, fué revistiéndose de la firmeza, no ménos necesaria para resistir á las lisonjas de la adulacion, que para soportar heroicamente las desgracias que la aguardaban. Procuraba conservar el decoro y magestad propios de su gerarquía, bien convencida de que las personas que tiene que respetar el pueblo, deben obrar de modo que no desmerezcan este concepto. Con tan buenas dis-

posiciones se hizo superior á los peligros de la corte, señaladamente á la lisonja, cuidando no dispensar su confianza mas que al verdadero mérito. Formaban su sociedad las señoras que mas se distinguían por sus buenos sentimientos, y los hombres conocidos por su recta y pura conducta.

A pesar de su modestia, la gratitud publicaba sus continuos actos de caridad y beneficencia. Estando para casarse una jóven, que ella apreciaba sobre manera, le dió, para que formasen parte de su dote, los diamantes que el rey, su hermano, le regalaba anualmente, y continuó destinándolos al socorro de los necesitados, sin querer admitir otra cosa en recompensa. El invierno de 1789, que fué de los mas largos y rigurosos que se han visto en Francia, la puso en el caso de ejercer estensamente su beneficencia. Millares de infelices abandonados á la miseria y á la muer-

te, recibieron socorros para salvarse de una y otra, pues invirtió en tan digno objeto todo el producto de sus rentas. Cuando el desarreglo y atraso de la hacienda obligaron al Gobierno á pensar en algunos ahorros, la princesa ISABEL llamó á su caballero mayor y le previno, que sus caballos debían ser los primeros que se reformasen en las caballerizas reales, exigiendo de él que nadie lo supiese.

A veces renunciaba al fausto de la corte por visitar la escuela de Saint-Cyr, y dar premios á los discípulos mas adelantados; otras se retiraba á su casa de Montreuil, y allí se desahogaba en el seno de la amistad, ó bien se ocupaba en estudios agradables, como la botánica, que aprendió con mucho aprovechamiento del célebre Lemonnier. Jamas se mezclaba en los asuntos del Gobierno, ni en las intrigas de los cortesanos; y si se interesaba con su herma-

no por alguno, había de ser persona esenta de toda tacha en su conducta.

Estas calidades tan recomendables debían llamar la atención de los jóvenes de su gerarquía, y proporcionarle un casamiento ventajoso. Se trató en efecto de enlazarla con un príncipe de Portugal, con el duque de Aosta, y con el emperador José II; pero la política puso obstáculos á estas negociaciones, y madama ISABEL no quedó descontenta de continuar en su vida retirada.

Sacáronla de ella las convulsiones políticas que agitaron entónces á la Francia, y que tan de lleno cayeron sobre la familia real. Unida á la suerte de los reyes, y queriendo entrañablemente á los infantes, resolvió no abandonarlos, por grandes que fuesen los infortunios que la cercasen. Sus consejos participaron siempre de la firmeza natural de su carácter, y á seguirlos el rey, hubiese empleado con rigor su autoridad para

oponer un dique al torrente de la revolución. Sin embargo es muy dudoso que esto se hubiese conseguido, y ántes parece mas probable, que una decision firme y arriesgada hubiese anticipado los sucesos, irritando los ánimos, acalorados y exasperados ya por motivos, que no hace á nuestro intento examinar. Lo cierto es que la misma princesa lo reconoció así, cuando alborotado el pueblo de Paris el dia 5 de octubre de 1789, se dirigió á Versálles y allanó el palacio; pues instó al rey para que se ausentase. Si no pudo conseguirlo, logró al ménos salvar muchos guardias de corps del furor de los amotinados.

Despues de los sucesos de Versálles se trasladó con los reyes á Paris, y los vivos con que fueron recibidos, reanimaron por un momento sus esperanzas; pero pronto conoció por las demostraciones de la guardia nacional y

por las amenazas del pueblo, que las pretensiones de este apénas encontrarían ya obstáculos. No se intimidó sin embargo, ni quiso seguir á sus tias, cuando dispuso el rey que se ausentasen de Francia, sinó que se resolvió á arrostrar todos los peligros que la amenazaban. Asistía á las juntas secretas que la familia real se veía obligada á tener, para deliberar acerca de lo que debía hacer en aquellas críticas circunstancias; estuvo iniciada en el proyecto de la fuga á Montmedy, y participó de las fatigas, peligros y humillaciones de este viage. Posteriormente manifestó que tenía presentimientos de que habían de ser arrestados, por haber visto que uno de los gefes de la guardia nacional se introdujo á favor de la oscuridad en el corredor, por donde pasaron el rey y su familia para salir de las Tullerías.

A su vuelta estuvo ménos vigilada que los reyes, y pudo mantener por me-

dio de algunos confidentes una correspondencia seguida con los príncipes sus hermanos, que se hallaban fuera de Francia. Aunque los peligros eran mayores de día en día, su valor y resignación no se debilitaban, sinó que iban en aumento, y se dieron bien á conocer en la jornada del 20 de junio de 1792, en que despues de haber entrado en el palacio de las Tullerías el populacho furioso, se entregó á todo género de violencias. Se presentó al lado del rey, y habiendo creído los alborotados que era María Antonieta, asestaron sus armas contra la princesa, sin que ella tratase de desengañarlos. Y como el caballero San Pardoux gritase: *No, no es la reina; repuso tranquilamente madama Isabel: Para qué desengañarlos? Vd. les hubiera ahorrado un delito mayor.* Los riesgos de toda la familia fueron inminentes por espacio de tres horas; mas ni en esta ocasion, ni el 10 de agosto, cuando

tuvieron todos que abandonar las Tullerías y acogerse al salon de la Asamblea nacional, esperiméntó su firmeza el menor quebranto, manteniéndose serena en medio de la matanza y del incendio. Encerrada luego en la tribuna de los periodistas, oyó decretar la destitucion de su hermano; y despues de haber pasado otros tres dias, no ménos crueles, en el recinto de aquel edificio, fué conducida al Temple, á donde no se permitió la acompañase ninguno de los de su servidumbre. Entre tantas penas y aflicciones, olvidando sus propios males, solo pensaba en aliviar los del rey y la reina, y sirvió de segunda madre á sus sobrinos, prodigándoles los mas tiernos desvelos.

A pesar de que el proceso del rey se seguía con toda publicidad, creyeron conveniente separarle de su familia, mientras se instruía; y la princesa, á mas de devorar esta pena, tuvo que sufrir

otra mas terrible en la última despedida de su hermano. De allí á poco tiempo se renovó igual escena, y acaso mas afflictiva, cuando el 2 de agosto de 1793 arrancaron de sus brazos á la reina, para trasladarla á la cárcel de la Conserjería, desde donde fué llevada á la plaza de Luis xv, llamada entónces de la revolucion, para que le cortasen la cabeza en el mismo sitio, en que ocho meses ántes había sido degollado su esposo.

Continuó madama ISABEL en la cárcel del Temple en compañía solamente de la infanta María-Teresa-Carlota, pues desde julio del mismo año le habían quitado el Delfin. El 9 de mayo de 1794 la separaron de la niña, para llevarla á la Conserjería, y el dia siguiente fué juzgada, condenada y decapitada á la edad de 30 años.

Al caminar para el suplicio, no cesó de exhortar á la resignacion y al ar

repentimiento á las otras víctimas que debían perecer en su compañía, abrazando afectuosamente á las infelices mugeres que se hallaban en este número, las cuales la saludaron con respeto. Sus súplicas al cielo no cesaron ya desde este momento hasta el en que la fatal cuchilla puso término á una vida, tan acibarada por los pesares y afflicciones.

Su cuerpo fué conducido al cementerio, y confundido allí con los de tantos otros, que eran sentenciados cada dia por los tribunales revolucionarios.

Al fin del *Elogio histórico* de esta princesa, escrito por M. Ferrand, par de Francia, se hallan 94 cartas suyas, donde brillan su candor, penetracion, firmeza, sano juicio, y todo el conjunto de virtudes que adornaban su persona.